

ocio...). Como valoración general, piensa Fourestié que los factores económicos se presentan muy favorables para las naciones occidentales, pero que los factores sociológicos son menos convincentes; los factores intelectuales, afectivos y valorativos exigen que se les preste un cuidado más minucioso, mientras que muchos factores físicos (polución del aire y de las aguas, ruidos, espacios verdes, espacios de vivienda...) y biológicos exigen replanteamientos inmediatos.

Llama «socialismo» al régimen económico en el cual la masa del pueblo alcanza un alto nivel de vida y en el que los privilegios de propiedad se atenúan. Y cómo la más seria consecuencia de todos los cambios que están gestándose señala que en el futuro la mayor educación y capacidad de reflexión de los individuos harán a éstos más capaces de auténtica personalidad y de juicio y decisión propios (opinión que, como es sabido, no suscribirían los que sólo esperan para el futuro una creciente «masificación», «adocenamiento» o «aborregamiento» (!) del hombre).

Pero, tal vez, la «previsión» más importante del libro es la relativa a los cambios de valoración social que se producirán en un próximo futuro. Piensa Fourestié que hacia el año 2000 estarán superadas todas las preocupaciones económicas y que ello permitirá que ocupen el primer puesto en los planes humanos otros valores superiores, hoy subordinados sistemáticamente a los económicos. La tarea del «socialismo» parece así indefinida: porque otras necesidades (más importantes jerárquicamente, pero posteriores a las económicas en el orden de los medios) sustituirán a las presentes, ya satisfechas. El «hambre de consumir» no es, en definitiva, más que una manifestación perentoria, pero no excluyente, de otro «instinto» humano todavía más importante: se trata de la tendencia a mejorar en esa marcha constante del hombre y de los grupos humanos hacia el «pleno empleo» y desarrollo de todas las potencias y posibilidades del hombre. A medida que van siendo satisfechas necesidades «menores», otras de rango cualitativo superior van apareciendo. En suma, este «desplazamiento» de las angustias y cuidados quizá no suavice la vida humana, que hoy resulta casi insoportable a tantas víctimas del «prurito económico». Se trata de planificar bien el futuro: la reflexión, la experimentación y la acción razonada y tenaz son los mejores pilares sobre los que podemos ir montando y construyendo nuestro futuro común. El pleno desarrollo (a través de una educación integralmente humana de nuestras posibilidades intelectuales y morales, sobre todo) del hombre presente y real nos llevará al futuro mejor de nuestros hijos.

VIDAL ABRIL CASTELLÓ.

FUCHS, Stephen: *The Origin of Man and His Culture*. 1963. Asia Publishing House. 300 págs.

Desde que empezó a inventar recursos para asegurarse el alimento, el ser humano se manifestaba ya plenamente dotado para la cultura, por primitiva y brutal que ésta fuese. En cuanto aparece la agricultura, los

grupos humanos más primitivos están ya muy cercanos a nuestro modo de entender la vida social y el Derecho. El *status* familiar, la libertad de contraer matrimonio, la distinción entre propiedad pública y privada, la democracia política basada sobre el derecho, y el orden, la moralidad y la religión, son muy semejantes a las actuales.

Muchos antropólogos incurrieron en el error de pensar que posteriores desviaciones y ritualizaciones eran formas primitivas y básicas de cultura humana. Actualmente es posible comparar el enorme conocimiento que hay de las culturas prehistóricas como las culturas primitivas que han llegado residualmente hasta nuestros días.

Una vez comparados los modos de vida y de acción desde los inicios de la existencia históricamente conocida del hombre, podemos llegar a la conclusión de que la Humanidad, en su incesante y larguísimo proceso de existencia, no difiere en ningún momento esencialmente del hombre actual. Consiguientemente, las formas exóticas y extrañas de cultura humana no son más que formas intermedias y situaciones transitorias que tienden, o a desaparecer históricamente, o a evolucionar y reducirse a modos de organización que serán ya calificados como normales. Pero justamente por ello no puede decirse que haya modelos o ideales de vida a que toda cultura deba adaptarse necesariamente.

El estudio del origen del hombre y de su cultura permite extraer la conclusión de que las instituciones sociales actuales y nuestros actuales *standard* éticos son suficientemente sanos y vigorosos. Pues son básicamente los mismos que prevalecían en la infancia de la Humanidad, y ahora presentan la forma natural que han podido alcanzar después de un milenario proceso de maduración.

Tanto la Humanidad como la cultura humana están sujetas a cambio y evolución, desde luego, pero este cambio y esta evolución se restringe exclusivamente a datos y límites no esenciales. No todos los valores humanos son relativos y mudables. Hay valores humanos que no pueden ser afectados ni modificados, so pena de que la sociedad humana degenerare y sea reducida a la esterilidad y a la decadencia.

A. SÁNCHEZ DE LA TORRE.

GUIITON, Jean: *Diálogos con Pablo VI*. Ediciones Cristiandad, Madrid, 1967. 485 págs. (Trad. de J. M. Valverde y A. Bosch).

Cuando se trata de libros de Guitton, la recensión, el resumen, la noticia bibliográfica y aun la misma crítica ideológica no sólo son tareas difíciles, sino que pueden resultar intelectualmente estériles y hasta contraproducentes. Guitton es un pensador lírico, reposado y denso: más que detallar o describir temas, doctrinas o intuiciones (propias o ajenas), lo que él hace es completar e intensificar una misma interpretación unitaria e integral del «hombre de nuestros días», situándolo en las coordenadas básicas que constituyen y definen su vida, su ser y sus cualidades y valores específicos. Las obras de Guitton son, pues, verdaderas «repeticio-